

X.- Registro material, fisicalidad, interioridad, continuidad y discontinuidad: posiciones y oposiciones frente a la naturaleza y las cosas <i>Andrés Laguens y Marcos Gastaldi</i> .....	169
XI.- Arquitectura del paisaje y relacionalidad del espacio <i>Andrés Troncoso</i> .....	191
XII.- El idioma de lo sagrado: arte y metáfora para el discurso arqueológico <i>Diego Artigas</i> .....	205
XIII.- Arqueología en espacios públicos: el imaginario colectivo en la funebria <i>Antonia Benavente</i> .....	221
XIV.- Hacia una retrospectiva de la teoría arqueológica en Chile: ¿Qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? <i>Andrés Troncoso, Diego Salazar y Donald Jackson</i> .....	237

## INTRODUCCIÓN: HACIA UNA TEORÍA DE LA TEORÍA ARQUEOLÓGICA

DIEGO SALAZAR, DONALD JACKSON Y ANDRÉS TRONCOSO

*If objectivism or scientism ever succeeded in denying sociology recourse to significations, they would keep it free of "philosophy" only by closing its mind to its object. Then perhaps we would do mathematics in the social; we would not have the mathematics of the society under consideration. the sociologist does philosophy to the extent to which he is not merely charged with noting facts but with understanding them. at the time of interpretation he is himself already a philosopher.*

(Merlau-Ponty 1963: 491)

*"In a certain sense, the whole of archaeology is theoretical"*

(Fowler 1977, citado por Klejn 2001: 5).

### Introducción

Resulta indudable que la arqueología anglosajona ha sido históricamente el núcleo de la producción teórica de la disciplina, siendo el resto del mundo, incluyendo América Latina, periferias a este respecto. Si bien esta situación ha comenzado a revertirse en los últimos años (Ucko 1995; Zarankin y Acuto 1998; D'Agostino 1999; Politis y Alberti 1999; Holtorf y Karlsson 2000; Politis y Peretti 2004; Haber 2004; Gnecco & Lanebaek 2006, entre otros), las producciones teóricas locales suelen desarrollarse tomando como referencia las grandes corrientes emanadas de los centros académicos ingleses y/o norteamericanos. Y, por lo demás, las reflexiones teóricas de la periferia suelen hacerse visibles sólo cuando son publicadas en inglés, hecho que en sí mismo parece ser garantía de legitimidad. En Chile, el desarrollo de la teoría arqueológica ha sido disímil, pero sin duda es heredera de las grandes tradiciones anglosajonas, al igual que lo que sucede en gran parte de Latinoamérica (Politis 2003): por una parte se ha construido una prehistoria sobre una base esencialmente inductiva, bajo el paradigma histórico-cultural europeo y norteamericano, que ha ido derivando, reflexivamente, a posiciones procesualistas de corte funcionalista y ecológico-culturales, con un carácter transhumante entre lo inductivo y deductivo, y con una fuerte impronta metodológica. Por otra parte, y en menor medida, se ha desarrollado una prehistoria sobre bases post-procesuales diversas, pero matizadas con reflexiones y aportes locales.

Así, si bien hace 30 años la arqueología chilena era considerada de "poca profundidad

teórica" (Thomas 1977), durante las últimas décadas nuestra disciplina ha comenzado a volcar su mirada en forma creciente a las discusiones conceptuales y filosóficas, siendo parte en este sentido de un proceso que ha afectado a muchas comunidades académicas del mundo en forma más o menos simultánea. Hoy es común reconocer que la teoría arqueológica se encuentra presente en todas las fases de una investigación, desde como se construye el dato hasta como interpretamos o evaluamos nuestras inferencias. Esto hace de la teoría un aspecto fundamental dentro de la investigación arqueológica, siendo determinante en los resultados alcanzados por ella. No obstante el creciente reconocimiento de lo anterior, y el hecho de que la gran mayoría de los arqueólogos/as en Chile realiza una reflexión teórica en su quehacer, la teoría arqueológica pocas veces se explicita en nuestro medio, y no es común encontrar posiciones teóricas definidas entre los especialistas. Vale decir, la arqueología chilena contemporánea constituye un crisol de enfoques teóricos y metodológicos que piensan y ven la prehistoria desde distintos lentes, pero los que no siempre son explícitos, ni claros en las investigaciones y textos producidos por nosotros. En parte, lo anterior se debe a que han sido escasas las instancias de discusión de los marcos conceptuales con que reconstruimos la prehistoria de nuestro territorio.

Es esta necesidad de deslizar los velos, así como la gran madurez que ha adquirido nuestra disciplina y la multiplicidad de investigadores que actúan en la actualidad en esta área, la que nos llevó a organizar en el mes de Octubre de 2005, el Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile, el cual se celebró en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, contando con el patrocinio de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, la Facultad de Estudios sobre el Patrimonio Cultural de la Universidad Internacional SEK y la Sociedad Chilena de Arqueología. El propósito de este encuentro fue hacer un diagnóstico del estado del arte de la reflexión teórica en la arqueología chilena, y por sobre todo generar una instancia institucional que permitiera una discusión abierta y profunda, sin restricciones epistemológicas, entre la comunidad académica nacional e internacional. En dicho encuentro se presentaron más de 24 ponencias, por parte de especialistas mayoritariamente chilenos, además de algunos extranjeros. El espacio de discusión abierto con la realización del Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile se materializa hoy en un texto que guarda los ecos de las presentaciones y discusiones efectuadas en dicho encuentro. La publicación de estos trabajos busca incentivar la discusión y reflexión teóricas en nuestra disciplina, con el propósito de enriquecer nuestro conocimiento del pasado y asumir conscientemente la responsabilidad social que emana de nuestro quehacer.

### ¿Y por qué teoría?

Después de varias décadas, la hoy ya famosa escalera de inferencias de Hawkes (1954) sigue teniendo vigencia a la hora de explicar el quehacer interpretativo de la arqueología. Desde la tecnología hasta el simbolismo, pasando por la economía

y la organización social, Hawkes señala que estamos ante aspectos cada vez más difíciles de abordar desde la materialidad arqueológica. No es extraño, por lo tanto, que en ocasiones releguemos a un futuro indeterminado interpretaciones acerca de los contenidos sociales o ideológicos del pasado, con la esperanza de acumular una mayor cantidad de datos que nos permitan vislumbrar algún aspecto de estas significativas dimensiones humanas.

Pese a la importancia y validez de esta forma de lectura, existe también una segunda alternativa en arqueología, a la cual no le basta con aguardar la acumulación de evidencias empíricas para la interpretación. En efecto, de acuerdo con esta alternativa, no es precisamente la cantidad de datos nuestra exclusiva limitación interpretativa, sino la calidad de los mismos o, mejor dicho, la manera en que estos datos son interrogados por el arqueólogo. Obviamente la alternativa deductiva que estamos mencionando nos sitúa de frente en el terreno de la teoría arqueológica. Mientras la historia de la filosofía de la ciencia nos ha mostrado cómo la primera vía, muy apegada a la inducción y al empirismo, ha constituido un camino sin salida que ha llevado únicamente a una acumulación de datos circulares, es la segunda alternativa la que nos impone una necesidad: el preguntar y saber preguntar, pero para poder realizar tal cuestionamiento debemos primero que nada conocer la realidad (Bate 1989). Conociendo cómo es la realidad, es que nos podemos interrogar sobre ella, y ahí estamos, de nuevo, en el espacio de la teoría.

Obviamente lo anterior no significa que la teoría arqueológica sea un privilegio exclusivo de aquellos especialistas interesados en los aspectos simbólicos del pasado. De hecho, la reflexión teórica en arqueología se sistematizó de la mano de la Arqueología Procesal Norteamericana de las décadas de 1960 y 1970, y de la Arqueología Social Latinoamericana de los años 1970, siendo que ninguno de estos enfoques se interesó particularmente en los fenómenos simbólicos. Más aún, mientras la arqueología procesal se orientó exclusivamente al estudio de fenómenos ambientales, tecnológicos y económicos del pasado -denigrando a los aspectos simbólicos del comportamiento pretérito a una vil "paleopsicología" (Binford 1965)- la Arqueología Social Latinoamericana le dio prioridad a las condiciones materiales de existencia, y por ende a la dimensión tecnológica, económica y social de las sociedades prehistóricas. Pero más allá de estas importantes diferencias, ambos movimientos contribuyeron con una nueva reflexión teórica que permitió la definición de problemas arqueológicos novedosos y, como consecuencia, un notable aumento en nuestro conocimiento acerca del pasado. Pero el punto que queremos destacar en esta oportunidad es que la contribución de estas escuelas en el ámbito del conocimiento del pasado no se debió tanto a una acumulación de nuevo material empírico (que por supuesto también sucedió), sino más bien al surgimiento de nuevas preguntas que gatillaron también el desarrollo de nuevas metodologías y nuevos conceptos analíticos. Y las nuevas preguntas surgieron de la teoría social.

Ahora bien, la teoría no se limita a reconocer y formular nuevos problemas de investigación, sino que cumple un rol aun más destacado dentro de la producción de conocimiento acerca del pasado. Wylie (1982) ha sugerido que el “modelo analítico” (léase marco teórico general) adicionalmente restringe las posibilidades de formulación de los modelos explicativos o interpretaciones en arqueología. Es decir, la teoría arqueológica ilumina ciertas fuentes para los modelos interpretativos y deja afuera otras tantas, por lo que también es sumamente relevante al momento de interpretar los datos arqueológicos y, por lo tanto, es un elemento central en el tipo de conocimiento del pasado que generamos.

Siguiendo esta línea de argumentación, no podemos dejar de mencionar una de las principales críticas de las arqueologías postprocesales al programa positivista lógico de la Nueva Arqueología norteamericana, a saber, su “empirismo ingenuo” (Ulin 1990). Esto se refiere a la noción de objetividad de la Arqueología Procesal, anclada en el supuesto de que los datos existen en forma independiente de la teoría. Las nuevas reflexiones epistemológicas han demostrado que, en nuestra disciplina, como en las restantes ciencias sociales, los hechos o datos empíricos en sí mismos se construyen irremediamente dentro de un contexto teórico (Hodder 1982 y 1984; Shanks y Tilley 1987; Wylie 1982). Incluso buena parte de los arqueólogos procesales han estado dispuestos recientemente a aceptar esta crítica, por lo menos en su versión más moderada (Binford 1989; Brumfiel 1996; Clarke 1973; Renfrew 1994; cf. Wylie 2002 para un recuento en torno a esta polémica).

Así pues, y aun cuando las posiciones relativistas extremas de algunos arqueólogos posprocesuales se han moderado en la última década (Hodder 1995; Wylie 2002), hoy resulta aceptable reconocer que el marco teórico general utilizado en una investigación arqueológica determina en gran medida el tipo de datos que serán considerados relevantes tanto en la excavación como en el análisis (en parte determinarán la estrategia metodológica tanto en terreno como en laboratorio), así como también el tipo de explicación considerada deseable o aceptable. En palabras de David Clarke (1973: 13):

*“Cada vez vemos más claro que cada arqueólogo, reflexiva o irreflexivamente, ha elegido utilizar conceptos de cierto tipo –de esta manera comprometiéndose con una posición metafísica, restringiéndose a ciertos paradigmas, al uso de ciertas metodologías, a aceptar ciertos modos de explicación y a perseguir ciertas metas; al mismo tiempo rechazando explícita o tácitamente otras posiciones metafísicas, paradigmas, métodos, explicaciones y metas. En cada época los arqueólogos representan el estado del arte de su conocimiento disciplinario mediante una teoría metafísica que presenta ideales apropiados de explicación y procedimiento. Pero los sistemas metafísicos no son sistemas de observaciones sino sistemas inventados de conceptos sin los cuales no podemos pensar”.*

De lo anterior podemos concluir que la teoría es uno de los principales criterios para definir los elementos significativos en una investigación arqueológica, comenzando con el hecho de que es imposible observar todo lo observable del registro arqueológico, y manejar simultáneamente toda la información que de él podemos colectar. Asimismo, la teoría cumple un rol central en la producción del conocimiento científico al establecer relaciones no observables empíricamente entre los datos, y que le otorgan coherencia a estos últimos dentro de una interpretación. Estas relaciones, por lo general causales, son las que en última instancia le otorgan significado a las observaciones y los datos producidos por el investigador. En este sentido, incluso hasta el trabajo científico más descriptivo involucra un proceso de extensión más allá de lo observable empíricamente, extensión que se logra a través de una interpretación, la cual es tejida mediante la utilización de la teoría (Wylie 1982).

En pocas palabras, entonces, podemos afirmar que los supuestos teóricos de toda investigación en arqueología son indispensables por cuanto influyen decisivamente en la recolección, registro y análisis de los datos arqueológicos así como también en su integración dentro de un modelo explicativo o interpretativo. Un marco teórico nos provee también de la definición de los problemas relevantes, y es lógicamente incapaz de resolver todos los problemas que le podamos presentar al registro arqueológico. Por ello debemos reconocer que la teoría no es el producto final de la investigación ni el último eslabón de una cadena que nos acerca a la verdad, sino que está ahí en sus inicios y acompaña todo el proceso investigativo hasta su misma culminación (Bate 1989), afectándolo de forma significativa. Desde esta perspectiva, podemos afirmar que ninguna teoría es en sí misma completamente válida o completamente errada, sino que su virtud y validez radica en la posibilidad de darnos perspectiva acerca de problemas y fenómenos arqueológicos específicos.

Lo anteriormente señalado es aplicable a cualquier ciencia social, tal como lo sugiere la cita de Merleau-Ponty que hemos elegido para dar comienzo a esta introducción. Sin embargo, en arqueología la teoría tiene la responsabilidad adicional de vincular el registro arqueológico estático con los eventos dinámicos del pasado, que son en última instancia lo que nos interesa conocer. Dicho en otros términos, es evidente que el pasado no es observable directamente y por lo tanto es imposible pensar en una estrategia exclusivamente inductiva para conocerlo. Para referirnos a eventos que nunca observaremos empíricamente a partir de restos materiales, es necesario el desarrollo de teorías auxiliares (Bate 1998) que vinculen estática y dinámica. Estas teorías de rango medio (Binford 1981) definen indicadores que son los que observaremos arqueológicamente. Pero sin estas teorías, los datos no nos dicen mucho por sí mismos acerca del pasado.

Es por todo ello que nos ha parecido tan importante contribuir al debate y la reflexión teórica en arqueología en general, y en la arqueología chilena en particular. Después de todo, si la teoría en arqueología juega un rol central en el tipo de conocimiento que

generamos sobre el pasado, la reflexión crítica sobre este ámbito de nuestro quehacer se justifica también desde una perspectiva ética y política. Es muy posible que muchas veces nuestros supuestos teóricos sean más bien implícitos y, por lo tanto, por lo menos hasta cierto punto, inconscientes. Es debido a este hecho que David Clarke consideró a principio de los años 1970 que la “pérdida de la inocencia” de nuestra disciplina estaría asociada al reconocimiento de la importancia de la teoría en el proceso de construcción del conocimiento arqueológico, y por lo tanto al desarrollo de una “conciencia crítica” respecto de nuestros propios marcos conceptuales:

*“La metafísica arqueológica es el estudio y evaluación de los conceptos y categorías más generales dentro de los cuales los arqueólogos piensan; una tarea largamente dejada de lado (Clarke 1972a). La devoción inconsciente hacia un sistema metafísico previene el reconocimiento de aquellos de los demás arqueólogos, y una autoconciencia crítica es, por lo tanto, el primer paso para la comprensión de la posición de otros y la destrucción de las ataduras de nuestros propios supuestos metafísicos. (Clarke 1973: 13)”*

Como ya hemos señalado, la realización del Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile y la publicación del presente volumen, constituyen un esfuerzo por contribuir en esta dirección, al convocarnos a la “tarea largamente dejada de lado” de explicitar los marcos a partir de los cuales estamos reconstruyendo el pasado del país, para de esta manera fomentar en la comunidad académica una discusión más profunda y sistemática, una verdadera “conciencia crítica”.

### **La teoría arqueológica en acción: niveles de abstracción**

De la discusión anterior debe haber quedado en claro que cuando hablamos de teoría arqueológica nos referimos simultáneamente a cosas distintas, desde conceptos útiles para generar clasificaciones, hasta nociones filosóficas acerca del ser humano, la sociedad, la cultura y la materialidad. En este sentido, nos parece útil la clasificación de teorías arqueológicas que nos proponen Preucel y Hodder (1996), utilizando como criterio básico el nivel de abstracción inherente a ellas. Una revisión de este sistema clasificatorio nos ayudará a entender mejor el rol de la teoría en arqueología, y a situar las distintas contribuciones a este volumen en su propio contexto.

El primer tipo de teoría arqueológica identificado por estos autores son las denominadas teorías de nivel bajo, las cuales se refieren fundamentalmente a las generalizaciones empíricas derivadas de la observación y clasificación del registro arqueológico. Como ya hemos mencionado, para que los “hechos empíricos” sean de relevancia para una investigación arqueológica, el investigador debe ser capaz de reconocer en ellos ciertas propiedades o categorías que le permitan identificarlos como algo conocido y que por lo tanto le entreguen la información que se requiere para resolver una pregunta

científica. Los cientos de kilos de “objetos” que salen de una excavación arqueológica sólo adquieren sentido cuando, a partir de una serie de distinciones, somos capaces de discriminar cuáles de estos “objetos” son culturales y cuáles no, cuáles son cerámica y cuáles líticos, cuáles son raspadores y cuáles raederas. Este proceso de discriminación constituye la base de la investigación arqueológica. Se trata de “descomponer” la realidad, que se presenta caótica y compleja, y de ordenarla en función de ciertas categorías de nuestra experiencia, es decir, de clasificarla. Evidentemente, este primer momento de la investigación arqueológica es también un primer nivel de abstracción a partir de los “objetos” y, por lo tanto, un primer nivel de interpretación, el cual requiere de conceptos y categorías analíticas previas que el investigador trae consigo como parte de su bagaje cognitivo. Lo anterior ocurre tanto durante el proceso de excavación como durante los análisis de laboratorio, y la capacidad del arqueólogo de explicar el pasado depende en gran medida de su habilidad para discriminar en el registro arqueológico una serie de fenómenos discretos que agrupamos en tipos, clases o categorías. Y esto se aplica a todos los restos materiales de un sitio, incluida la estratigrafía.

No obstante, esta fase del proceso interpretativo es insuficiente en sí misma, ya que aún no nos permite decir nada acerca del pasado. De ahí que, adicionalmente, el investigador deba manejar ciertos supuestos teóricos adicionales que le sugieren el rol que juega cada ítem material en un contexto dinámico y que, por lo tanto, le indican qué información buscar en estos tipos y categorías. Las “teorías de nivel medio” que mencionan Preucel y Hodder (1996) cumplen justamente esta función, al asignarle un significado en términos de dinámica (cultural o natural) a las teorías e interpretaciones de nivel bajo. En otras palabras, de nivel medio son aquellas teorías auxiliares que nos permiten inferir, a partir del análisis de los patrones de organización del registro arqueológico, los eventos dinámicos que los causaron.

Por último, las teorías de nivel alto se refieren según los autores mencionados a la teoría social propiamente tal, es decir, a concepciones acerca del ser humano, las instituciones sociales y la cultura como un todo. Por lo general la arqueología no ha realizado contribuciones significativas en este ámbito.

La clasificación propuesta por Preucel y Hodder puede parecer insuficiente, en la medida de que aún no da cuenta de las diferencias en nivel de abstracción que existen al interior de las teorías de nivel medio (i.e. desde decir “esto es un fogón” hasta hablar de los mecanismos de dominio político del Estado Incaico). Es por ello que quizás sea interesante el ejercicio de cruzar este sistema clasificatorio con el propuesto por Trigger (1968) respecto de las dimensiones del análisis espacial en arqueología, las cuales pueden ser consideradas también niveles de teoría distintos y sucesivos: la unidad de excavación, la estructura o área del sitio, el sitio, la localidad y la región. Una investigación arqueológica genera interpretaciones acerca de cada uno de estas escalas de análisis, y cada una de ellas requiere del manejo previo de conceptos teóricos que

se articulan con los “hechos” y entre ellas mismas, para construir conocimiento acerca del pasado. Es por ello que, retomando la escala de inferencia de Hawkes (1954), la reconstrucción de los aspectos simbólicos del pasado puede ser menos certera en arqueología, ya que para alcanzar estos aspectos dependemos de la formulación de un número mayor de teorías auxiliares.

Finalmente, la validez de nuestras interpretaciones se definirá al interior de las comunidades científicas, pero existen ciertos criterios que operan en ellas, los que permiten que la validación no sea sólo un juego político. Anclándose de una tradición más compleja en filosofía de las Ciencias Sociales, Merriman (1987) señala que los requisitos indispensables para validar una interpretación arqueológica son la coherencia interna del discurso y la correspondencia de éste con los datos. Mientras la coherencia del argumento se establece en la medida que las partes del mismo no se contradicen -cuando existe una derivación lógica entre presupuestos ontológicos, los aspectos metodológicos y la interpretación-, la correspondencia se refiere al “diálogo” que se establece en los distintos niveles de abstracción teórica entre los datos empíricos (generalmente interpretaciones de niveles más bajos) y las proposiciones que buscan explicarlo.

#### Acerca del libro

El presente volumen constituye una compilación de las principales ponencias realizadas en el Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile. La variedad de temas y enfoques que contiene son reflejo de la diversidad teórica al interior de nuestra comunidad académica. Pero, no obstante esta diversidad, la gran mayoría de los trabajos han optado por posiciones que a primera vista podrían alinearse con las arqueologías postprocesales. En estricto rigor, y tal como ha sido comentado por Politis (2003) para el contexto Latinoamericano general, el interés por los aspectos sociales y simbólicos en la arqueología chilena no necesariamente es fruto de las escuelas inglesas que solemos asociar con los nombres de I. Hodder, M. Shanks y C. Tilley. Antes bien, la más de las veces se trata de reflexiones originales de los autores que integran una gran diversidad de influencias teóricas y conceptuales, muchas de ellas no necesariamente presentes en las formulaciones más clásicas de las arqueologías postprocesales. Pero lo cierto es que los trabajos incluidos en el presente volumen suelen estar interesados especialmente en las dimensiones sociales y culturales del pasado, aun cuando para acceder a ellas se haga uso de marcos teóricos diversos y, en ocasiones, contradictorios entre sí. Posiblemente las únicas excepciones a lo anterior sean los trabajos de Vivian Scheinson (capítulo VIII) y Francisco Mena (capítulo VII). Ambos se refieren a una escuela evolutiva de cierta importancia en la arqueología norteamericana desde los años 1980, y que en Argentina ha encontrado importantes adeptos, en especial entre quienes trabajan la arqueología de cazadores-recolectores del extremo sur del continente.

Los restantes trabajos que componen el presente volumen comparten algunos intereses comunes, que como ya dijimos se aproximan mayormente a los aspectos sociales y simbólicos del pasado. Entre los temas comunes tenemos la problemática de la “agencia”, y en específico de la identificación de niños en el registro arqueológico (Galarce, capítulo V; Jackson, capítulo VI), las dimensiones sociales de la tecnología prehistórica (Sanhueza, capítulo III; Salinas y Salazar, capítulo IV), la relación naturaleza-cultura (Troncoso, capítulo XI; Laguens y Gastaldi, capítulo X), la complejidad social (Uribe y Adán, capítulo IX), el simbolismo religioso (Artigas, capítulo XII; Benavente, XIII), y la praxis arqueológica en el contexto contemporáneo (Ayala, capítulo II; Gnecco, capítulo I).

Por otra parte, en el presente volumen se encuentran distintos niveles de abstracción en el uso y aplicación de la “teoría” en arqueología, lo que significa que las contribuciones contenidas en él son un aporte para la reflexión arqueológica en variados ámbitos, desde las teorías de las clasificaciones hasta la teoría social y el ejercicio contemporáneo de la disciplina. La gran mayoría de los trabajos se incluyen dentro de las llamadas teorías de rango medio (Benavente, Galarce, Jackson, Laguens y Gastaldi, Sanhueza, Salinas y Salazar, Scheinson, Uribe y Adán), si bien todos ellos, a excepción de Jackson y Galarce, recogen aspectos de la teoría social de nivel alto. Por su parte, los trabajos de Artigas y de Troncoso se sitúan plenamente en las reflexiones de nivel alto, mientras que la revisión crítica planteada por Mena se encuentra a medio camino entre ambos niveles de abstracción.

El libro comienza con dos trabajos referidos al contexto social de la arqueología. Si bien esta dimensión no está referida directamente a la reconstrucción del pasado, su incidencia en el proceso de investigación le ha ganado un lugar importante dentro de las concepciones contemporáneas de teoría arqueológica, siendo parte sustancial del componente “valorativo” de una posición teórica (Gándara 1993; Bate 1998). El primer trabajo, del arqueólogo colombiano Cristóbal Gnecco, nos ofrece una profunda reflexión histórica acerca de la conformación y transformaciones de la disciplina arqueológica en el contexto del proyecto de la modernidad y la actual “condición posmoderna”. Su reflexión nos permite una mirada crítica de las contradicciones inherentes a la implementación de la arqueología en América Latina, así como una constatación de los cambios que están llevando a nuestra disciplina hacia una dimensión pública y comprometida socialmente. El trabajo de Gnecco es, por sobre todo, una apuesta por una nueva disciplina caracterizada por una racionalidad crítica y reflexiva al servicio de proyectos sociales de emancipación y recuperación de los grupos sociales sin voz. Es eso lo que llama una “arqueología reaccionaria”. En palabras del autor: “la arqueología reaccionaria es una práctica política que promueve y contribuye a la construcción de espacios plurales; es, también y fundamentalmente, un arqueología del sentido local”.

El trabajo de Patricia Ayala también contribuye a la reflexión acerca del rol social de la arqueología, esta vez desde un punto de vista más empírico que Gnecco. El eje central del análisis de la autora es la relación entre comunidades indígenas, patrimonio y arqueología, en específico en el caso de la etnia Atacameña del actual norte de Chile. A partir de un acucioso análisis antropológico, Ayala propone seis formas fundamentales en que los arqueólogos se han relacionado históricamente con los Atacameños, reconociendo que la mayor diversidad actual y la creciente horizontalidad de los vínculos coinciden con el surgimiento de los procesos de reivindicación étnica en América en general, y en el caso Atacameño en particular. En la última parte de su trabajo, Patricia Ayala ofrece algunas propuestas generales acerca del ejercicio de la arqueología Atacameña en el futuro, incluyendo la integración de estudios antropológicos en las investigaciones arqueológicas, la socialización y difusión de resultados, y la incorporación de las necesidades e intereses de las comunidades en los proyectos de investigación. Estos dos primeros trabajos nos ofrecen una perspectiva particular de la teoría arqueológica, planteando inquietudes y cuestionamientos tendientes a repensar y redefinir nuestra disciplina para adecuarla a los escenarios socioculturales contemporáneos. La importancia de estas reflexiones es indudable, pues no podemos desconocer que nuestra disciplina se constituyó en un contexto histórico cuya coherencia y fundamentación descansaba en un proyecto moderno actualmente en crisis.

El libro continúa con dos artículos referidos a las dimensiones sociales de las tecnologías prehispánicas. En el primero de ellos, Lorena Sanhueza evalúa el concepto de estilo tecnológico y sus implicancias para el estudio y reconocimiento de unidades sociales en el registro arqueológico. A partir de sus experiencias de trabajo en Chile central, evalúa las potencialidades de éste, así como las limitaciones tanto intrínsecas al concepto, como extrínsecas, las que vienen dadas por ejemplo por los procesos de formación del registro arqueológico y el estado de conservación de los sitios arqueológicos en su área de estudio.

La reflexión sobre las tecnologías pasadas continúa también en el trabajo de Salinas y Salazar. Aunque en este caso el eje central de la discusión lo constituyen los sistemas de extracción minera, al igual que en el trabajo anterior se exploran aquí los aspectos "blandos" de los sistemas de producción. Para ello se discute el concepto de cadenas operativas siguiendo una línea de pensamiento que extiende los sistemas productivos más allá de la secuencia de actividades hacia la expresión de un saber-hacer que involucra aspectos materiales y socioculturales en su configuración. A partir de este concepto se ofrece un modelo analítico para la observación de los sistemas mineros arqueológicos, y se discute en torno al potencial de esta mirada a partir de un estudio de caso en la localidad de San José del Abra, en el extremo norte de Chile.

Manteniendo un vínculo con los trabajos anteriores, en el quinto capítulo Patricio Galarce plantea una aproximación tecnológica de la actividad de talla lítica, orientada

a discriminar la presencia de aprendices talladores en contextos arqueológicos, a través del estudio de indicadores presentes en puntas de proyectiles de contextos de cazadores-recolectores. El enfoque permite derivar diversas interpretaciones de los contextos situacionales en que se insertan los procesos de enseñanza/aprendizaje, constituyendo una propuesta novedosa en que nuevamente se acerca lo tecnológico con lo social.

Por otra parte, y en esta misma línea, el artículo de Donald Jackson propone sobre la base de información etnográfica, un marco conceptual para el estudio de la agencia social de la infancia, en donde los niños son un agente activo en la producción y uso de cultura material como forma de reproducción del sistema social, así como en los procesos de formación de sitio. De ahí se derivan una serie de expectativas para el registro arqueológico y sus implicancias interpretativas.

En la siguiente sección del libro se incluyen dos artículos acerca de la arqueología evolutiva. El primero de ellos es obra del colega Francisco Mena, quien nos presenta una breve síntesis y discusión crítica de las corrientes teóricas englobadas bajo este concepto de arqueología evolutiva. A juicio del autor, en esta línea coexisten una cantidad confusa de "etiquetas" con definiciones variadas del concepto de "evolución", por lo que la terminología compartida sugeriría una homogeneidad mayor a la real. Dentro de la diversidad existente, Mena sostiene que cada corriente se asumiría como el paradigma verdadero y unificador, reflejando la desesperación de la arqueología por ir más allá de los exclusivos datos empíricos. Se trata de una crítica seria y constructiva, que obliga a la reflexión sobre los reales alcances teóricos de los supuestos evolucionistas en arqueología.

Por su parte, el trabajo de la arqueóloga argentina Vivian Scheinsohn defiende el uso de la teoría evolutiva darwiniana en arqueología, discutiendo sus ventajas y afirmando que este marco teórico y conceptual, es particularmente aplicable al estudio de la tecnología y relevante para sostener el porqué extender el concepto evolución darwiniana más allá de la biología. Fundamenta argumentalmente lo anterior a través de dos casos de estudio: la tecnología ósea en Tierra del Fuego y el patrón de asentamiento en la comarca andina del paralelo 42°.

El libro continúa luego con el trabajo de Uribe y Adán, quienes se acercan a uno de los temas clásicos de la arqueología, la evolución social, realizando un análisis crítico de las perspectivas teóricas esbozadas al respecto, para posteriormente evaluar cómo ha sido el tema abordado en el Norte Grande de Chile, proponiendo un nuevo modelo centrado en las contradicciones económicas internas ocurridas en el Complejo Pica-Tarapacá, así como el surgimiento de las élites.

Los dos trabajos siguientes se refieren a la relación entre naturaleza y cultura, ambos con una importante base estructuralista, pero llevando sus propuestas por caminos alternativos a este paradigma social. En el primero de ellos, los colegas argentinos

Laguens y Gastaldi centran su discusión en la posibilidad de análisis de las relaciones establecidas entre personas y cosas desde un enfoque que parafrasea la ruptura de la clásica oposición modernista entre naturaleza y cultura. Para ello, proponen un marco teórico relacional anclado en los aportes de Phillipe Descola y la discriminación de distintos modos de identificación y relación entre humanos y no humanos, pero aplicados en este caso a humanos y objetos. Estas ideas son aplicadas a un caso de estudio en el valle de Ambato, Argentina.

Troncoso, por su parte, discute las actuales perspectivas teóricas que se engloban en la llamada arqueología del paisaje, abogando por un enfoque que combine las perspectivas del habitar y construir en busca de develar las claves de los procesos de construcción social del espacio, así como de las particulares maneras en que los grupos humanos establecieron su relación con el entorno.

El duodécimo capítulo le corresponde a Diego Artigas, quien explora el estudio de lo sagrado en arqueología, proponiendo un enfoque influenciado por el psicoanálisis y que se expresaría a través de claves en el espacio. Si bien se trata de una reflexión inicial que aún no integra los aportes más recientes de la psicología, la antropología e incluso la arqueología al respecto, el mérito de Artigas radica en buscar abrir nuevos espacios de reflexión e investigación dentro de una línea de pensamiento (la "arqueología de la religión") que fuera iniciada en Chile por Carlos Thomas en la década de 1980.

En otra perspectiva y campo de estudio, pero siempre vinculado al tema de lo sagrado, Antonia Benavente aborda la problemática de la arqueología histórica, bajo una perspectiva donde los contextos son interpretados y leídos como un texto, entendiendo que el apoyo documental permite contrastar la data arqueológica. Ejemplifica esta perspectiva sobre la base del estudio de cementerios del Norte árido de Chile, donde los contextos fúnebres de los siglos XIX y XX son una reproducción simbólica de la sociedad chilena de la época.

### Reflexiones finales

La teoría arqueológica constituye un ingrediente esencial de nuestro quehacer académico al acompañar cada paso dentro del proceso de construcción del conocimiento sobre el pasado. De ahí que, como hemos dicho, la reflexión teórica no sólo es una necesidad epistemológica de la disciplina, sino también parte de su conciencia crítica y de su responsabilidad social, política y ética.

En este sentido, creemos que la realización del Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile y del libro que presentamos constituyen un importante primer paso para fomentar instancias abiertas y participativas en las cuales la comunidad científica puede reflexionar y discutir acerca de los fundamentos e implicancias de nuestra práctica. En este sentido, podemos afirmar que el principal objetivo del encuentro organizado el año 2005 fue logrado, aun cuando con una participación baja de los

arqueólogos y arqueólogas más consolidados de nuestro país. No obstante lo anterior, pensamos que tanto la convocatoria alcanzada, como el tipo de ponencias presentadas, constituyen un buen reflejo del estado del arte de la teoría arqueológica en Chile y, consecuentemente, también hemos logrado cumplir con el objetivo secundario de proporcionar un balance de la reflexión teórica contemporánea en nuestra disciplina.

Esperamos que el presente libro incentive la reflexión y discusión teórica en la arqueología chilena.

Antes de cerrar esta introducción, sólo nos queda agradecer a todos los participantes del "Primer Taller de Teoría Arqueológica en Chile", y en particular a sus comentaristas, el Dr. Gustavo Politis (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, Argentina) y a los Drs. Marcelo Arnold y Daniel Quiroz (Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile), al comité editorial constituido por Fernanda Falabella, Victoria Castro y Calogero Santoro, a los evaluadores de los artículos; a Paula Ugalde por la revisión formal del texto, a Diego Artigas por el diseño de nuestra portada, así como a las instituciones que nos apoyaron: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT), Universidad Internacional SEK y Sociedad Chilena de Arqueología.

### Referencias bibliográficas

- Bate, L.F. 1989. Notas sobre el materialismo histórico en el proceso de investigación arqueológica. *Boletín de Antropología Americana* 19: 5-29.
- Bate, L.F. 1998. *El proceso de investigación en arqueología*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Binford, L. 1965. Archaeological systematics and the study of culture process. *American Antiquity* 31: 203-211.
- Binford, L. 1981. *Bones: Ancient men and modern myths*. Academic Press, New York.
- Binford, L. 1989. Data, relativism and archaeological science. En: *Debating Archaeology*, editado por L. Binford, pp. 55-68. Academic Press, New York [1987].
- Brumfiel, E. 1996. The quality of tribute cloth: the place of evidence in archaeological argument. *American Antiquity* 61 (3): 453-462.
- Clarke, D. 1973. Archaeology: the loss of innocence. *Antiquity*: 47: 6-18.
- D'Agostino Fleming, M. I.(ed.) 1999. *Actas de la I Reunión Internacional de Teoría Arqueológica de Sudamérica*. Revista do Museu de Arqueologia e Etnologia, Suplemento 3, Universidade de São Paulo, Brasil.
- Gándara, M. 1993. El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social. *Boletín de Antropología Americana* 27: 5-20.
- Gnecco, C. y C. Langebaek (eds.) 2006. *Contra la tiranía tipológica en arqueología. Una visión desde Suramérica*. Uniandes - Cesó, Bogotá, Colombia.
- Haber, A. (ed.) 2004. *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*. Ediciones Uniandes, Bogotá.

- Hawkes, C. 1954. Archaeological theory and method: some suggestions from the Old World. *American Anthropologist* 56: 155-168.
- Hodder, I. 1982. Theoretical archaeology: a reactionary view. En: *Symbolic and structural archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 1-20. Cambridge University Press, Cambridge.
- Hodder, I. 1984. Archaeology in 1984. *Antiquity* 58: 25-32.
- Hodder, I. 1995. Towards a coherent archaeology. En: *Theory and practice in archaeology*, Editado por I. Hodder, pp. 169-180. Routledge, Londres [1991].
- Holtorf, C. y H. Karlsson (eds.) 2000. *Philosophy and archaeological practice. perspectives for the 21st Century*. Bricoleur Press, Göteborg.
- Klejn, I. 2001. Metaarchaeology. *Acta Archaeologica* 72: 1, Suplementa Vol. III.
- Merleau-Ponty, M. 1963. The philosopher and sociology. En: *Philosophy of the social sciences. A reader*, editado por M. Natanson, pp. 487-505. Random House, New York.
- Merriman, N. 1987. Value and motivation in prehistory: the evidence for 'celtic' spirit. En: *The archaeology of contextual meanings*, editado por I. Hodder, pp. 111-116. Cambridge University Press.
- Politis, G. 2003. The theoretical landscape and the methodological development of archaeology in Latin America. *Latin American Antiquity* 14 (2): 115-142.
- Politis, G. y B. Alberti (eds.) 1999. *Archaeology in Latin America*. Routledge, Londres.
- Politis, G. y R. Peretti (eds.) 2004. *Teoría arqueológica en América del Sur*. Incuapa/Unicen, Olavarría, Argentina.
- Preucel, R. y I. Hodder 1996. *Contemporary archaeology in theory*. Blackwell Publishers, Oxford.
- Renfrew, C. 1994. Towards a cognitive archaeology. En: *The ancient mind. Elements of cognitive archaeology*, editado por C. Renfrew y E. Zubrow, pp. 145-172. Cambridge University Press.
- Salazar, D. 1998. *Fundamentos para una arqueología interpretativa de la muerte*. Memoria para optar al Título de Arqueólogo. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Shanks, M. y C. Tilley 1987. *Social theory in archaeology*. Polity Press, Londres.
- Thomas, C. 1977. *Revisión crítica de la arqueología chilena entre 1960 y 1970. Aspectos teóricos y metodológicos*. Tesis de Licenciatura, Universidad de Chile, Santiago.
- Trigger, B. 1968. The determinants of settlement patterns. En: *Settlement archaeology*, editado por K.C. Chang, pp. 32-51. National Press, Palo Alto, California.
- Ucko, P. (ed.) 1995. *Theory in archaeology. A world perspective*. Routledge, Londres.
- Ulin, R. 1990. *Antropología y teoría social*. Siglo XXI editores, México [1984].
- Wylie, A. 1982. Epistemological issues raised by a structuralist archaeology. En: *Symbolic and structural archaeology*, editado por I. Hodder, pp. 39-46. Cambridge University Press.
- Wylie, A. 2002. *Thinking from things. Essays in the philosophy of archaeology*. University of California Press, Berkeley.
- Zarankin, A. y F. Acuto (eds.) 1998. *Sed non satiata. Teoría social en la arqueología latinoamericana contemporánea*. Ediciones del Tridente, Buenos Aires.

# 1 Manifiesto Moralista por una Arqueología Reaccionaria

CRISTÓBAL GNECCO

**Resumen:** La arqueología contribuyó a la edificación de las modernidades latinoamericanas, caracterizadas por la promoción de la ética republicana y, al mismo tiempo, por un rígido sistema endocolonial. El camino científico seguido por la arqueología en las últimas décadas sólo profundizó su papel colonialista y traicionó sus orígenes modernos. El artículo aboga por una arqueología reaccionaria que se oponga a esa traición tanto como a la devaluación postmoderna de la historia.

**Abstract:** Archaeology contributed to the construction of Latin American modernities, characterized by the promotion of a Republican ethics and, at the same time, by a rigid endocolonial system. The scientific road followed by archaeology in the last decades only deepened its colonialist role and betrayed its modern origins. The paper asks for a reactionary archaeology that challenges such a treason as much as the postmodern devaluation of history.

## Introducción

Modernidad y utopía son conceptos afines. Ambos se edificaron sobre el mundo de lo posible. La modernidad como experiencia subjetiva empezó cuando el futuro reemplazó al pasado, cuando la nostalgia se transmutó en utopía: la edad de oro no estaba atrás, como pretendieron el clasicismo y el romanticismo (la reacción aristocrática contra el naciente orden del capital), sino adelante, en los tiempos por venir.

La utopía moderna pensó un orden horizontal basado en dos pilares retóricos: el individuo libre y la igualdad. Sin embargo, la expansión mundial del capitalismo, cuya racionalización cultural fue la modernidad, se edificó sobre el colonialismo, es decir, sobre la creación de un otro externo a (y atraído por) un yo civilizado y ejemplar. Los Estados nacionales de Europa eliminaron las diferencias dentro de sus fronteras creando identidades nacionales, pero las erigieron y las discriminaron en sus dominios coloniales. La modernidad se predicó desde una igualdad retórica dentro de los límites de los Estados nacionales imperialistas y desde una discriminación violenta contra la diferencia en las colonias. Las relaciones entre colonizadores y colonizados no fueron igualitarias ni horizontales. Tampoco lo fueron las relaciones sociales al interior de las sociedades subalternas; esta segunda asimetría se llama endocolonialismo. Colonialismo y endocolonialismo son las formas de eliminación de la utopía de horizontalidad moderna.